

XIX

El Vizconde de la Flor, al saber por la misma Amelia el rompimiento del proyectado enlace de ésta con el Marqués del Prado, vió el cielo abierto, y, flotando en su manto azul los rayos de oro del sol de su ventura.

Era un jovencito de unos veinte y dos años, delicado y lindo como una dama, esbelto, elegante, rizado y perfumado, que adoraba á Amelia desde la primera vez que la vió.

Su cuna era muy noble, y aunque no grande su riqueza, el Duque no halló inconveniente en darle á su hija, y el matrimonio se celebró con gran pompa y magnificencia dos meses después de la muerte de Camila, y muy á satisfacción de la Duquesa, á la que disgustaba la gravedad melancólica de su futuro nieto el Marqués del Prado.

Amelia y Enrique—este era el nombre del



Vizconde—eran dos niños, que pasaban su vida comiendo dulces, acariciándose y jugando.

Cuando iban á la Fuente Castellana en su soberbia carretela, arrastrada por un tronco sin rival, todos se detenian á mirarlos, y exclamaban:

—¡Qué lindos son!

Los días que recibian, nadie se presentaba mejor y más ricamente ataviada que aquella Vizcondesa casi niña.

Sus diamantes eran los más espléndidos. Sus trajes los más ricos.

Amelia era feliz.

Vivía en el seno del lujo y de la opulencia: su esposo la amaba, y no temía su mudanza, porque Enrique no conocía más amor que el que profesaba á su mujer, el que se profesaba á sí mismo y el que dedicaba al lujo, del que no podia prescindir, pues le consideraba tan preciso para él y para Amelia, como el aire para respirar.

Sin embargo, el estado de la casa iba siendo deplorable: las economías iniciadas por Isabel se habian quedado en tal estado, pues la anciana Duquesa, más embriagada con la felicidad de Amelia que la misma jóven, no pen-

saba absolutamente en que aquellos gastos enormes podrian dar al traste con todo el caudal de su hijo.

Este, viendo á Amelia casada, que era todo su afán y su mayor cuidado, se habia entregado á su pasion por los viajes, y dos días despues de la boda salió para Suiza.

Eran vanos los esfuerzos de Doña Ursula para contener las demasías de los criados y la ruina que llegaba á pasos de gigante.

Aquellos esposos, más niños aún que por la edad por su carácter confiado é indolente, iban, amándose como dos jóvenes pichones, á caer en el abismo de la pobreza, tan hondo y tan oscuro para el que tiene todas las ruinosas costumbres de la opulencia.

No bastando las rentas, se gastó el capital, y se vendieron fincas.

Amelia queria dar un baile el día del aniversario de su casamiento, y el aderezo de brillantes y rubíes, que se compró para lucirle en la fiesta, absorbió todo el producto de la venta de una casa.

Sin embargo, Amelia estaba tan hermosa, que su abuela se rejuveneció seis ú ocho años al verla con su vestido de crespon blanco, ador-



nado de encajes, que recogían broches de brillantes y rubíes.

La misma Duquesa no gastó poco en su traje de terciopelo negro, adornado de espléndidos encajes, y en dos magníficas sargas de perlas de un tamaño extraordinario, único adorno que, con un exquisito tacto, había querido para sus cabellos blancos, dispuestos en bucles.

Enrique estaba más lindo, más lleno de atractivos, más perfumado que nunca.

Su frac, del paño más esquisito, hacía lucir toda la perfección aristocrática de su talle fino y redondo.

Su bigote rubio se rizaba en sus mejillas con una gracia indescribible.

La azulada batista de su corbata hacía parecer más distinguida la palidez de sus mejillas.

Su reloj, su cadena, los sellos que de esta pendían y los botones de su camisa valían un tesoro.

El baile duró hasta las cuatro de la mañana.

Al entrar en su cuarto Amelia, su esposo entró también con ella.

La Duquesa se había retirado á las dos.

—Amelia, dijo Enrique á su mujer: desde esta mañana sé una cosa que no había querido decirte, y que te voy á decir ahora.

—¿Y qué es? preguntó la Vizcondesa.

—Que somos pobres.

—¿Cómo?

—Que estamos arruinados.

—¿Y qué?

—Que yo pienso que lo mejor es que bebamos el contenido de este lindo frasquito, que he comprado, y salgamos de este mundo, donde nada seremos desde que se conozca nuestra ruina.

—¿Pero no hay más porvenir en el mundo que la riqueza? preguntó Amelia.

—Nosotros, los nobles, no tenemos otro: el pintor tiene sus pinceles, el escritor su pluma, el comerciante sus negocios: nosotros, los grandes, los ociosos, no tenemos más que el fausto y la riqueza: si caemos, los que son nuestros iguales, y nos han envidiado, se nos burlan.

—¡Tal vez nos tenderían una mano salvadora!

—¿Ellos? ¡ah, pobre Amelia! el Marqués D... perdió al juego toda su fortuna, y se mató: el Duque de N. se gastó todo cuanto tenía en



lujo y en placeres, y se pegó un pistoletazo: no esperes, si quedas pobre, más que risas irónicas, crítica amarga y compasión insultante: créeme, bebamos, y muramos juntos y amándonos como hemos vivido.

— ¡Pero morir tan pronto! exclamó Amelia: ¿y mi padre?

— Tu padre tiene bastante con sus viajes y sus cacerías, que le ocupan todo el tiempo.

— ¿Y mi abuela?

— Tu abuela se satisface con que admiren su palacio, sus brillantes, sus trenes, y con esperar, para despues de muerta, un soberbio sepulcro: sin embargo, ya que tú tienes padre, abuela y esperanzas, vive: yo no tengo más que á tí, pero no quiero vivir para verte desgraciada.

El Vizconde tomó el frasquito de oro enriquecido de esmeraldas, último resto de su opulencia pasada, le destapó y bebió un sorbo de su contenido.

Amelia se lo arrebató de la mano, y bebió á su vez.

— Gracias, amada mia, dijo el esposo: Dios no nos castigará por dejar esta vida, que se había hecho ó iba á hacerse horriblemente desgraciada: muramos rogándole que nos perdone

si volamos á Él antes de lo que había dispuesto: en cuanto al mundo, nos hemos despedido de él de una manera magnífica con nuestro último baile.

Aquellos dos locos y obcecados jóvenes se arrodillaron ante un Crucifijo, y oraron con las manos enlazadas durante media hora.

Amelia fué la primera que se desplomó en el suelo, sin color y sin voz.

Enrique la sobrevivió algunos instantes, y luego lanzó tambien su postrer suspiro.

¡Pobres niños, á los que no sostuvo la mano fuerte y bienhechora de la religion! caminaron por la fácil y florida senda de los placeres y de la riqueza, y al fin cayeron en el abismo del suicidio.



Un año despues, y en el saloncito del piso bajo de una casa de campo situada en las inmediaciones de Madrid, se hallaban en una bella velada de Setiembre tres personas.

La primera era una dama que llegaba á ese limite que separa la edad madura de la vejez, y que es un bello medio entre el otoño y el invierno de la vida.

Vestía un hábito de los Dolores, y en su hermoso semblante se veia impresa la huella de profundos pesares, si bien templada con la expresion de la más perfecta resignacion cristiana.

Las otras dos eran jóvenes y bellas.

Era la segunda una jóven que llegaria á los diez y ocho años, de perfecta y angelical belleza, y cuyas lindas facciones destellaban los reflejos de una felicidad radiosa, pero suave y tranquila.



Vestía un traje blanco de muselina, ceñido á su delicado talle con un ancho cinturon, de seda negra, que descendía en largos cabos flotantes.

Era Isabel: sus rasgados ojos, de un azul oscuro, parecían sonreír gozosos al fijarse en el semblante de su marido, que, sentado en frente de ella, leía en alta voz, apoyando el libro en el velador que sostenía la lámpara.

Isabel se hallaba formando un ramillete de lindas flores artificiales.

La Marquesa, —pues conocidos los dos jóvenes, mis lectores la habrán conocido á ella también,—parecía triste y preocupada.

Isabel lo advirtió, y en una pausa que hizo el lector, dijo:

—¿Qué tienes, querida mamá?

—Nada, hija mía, repuso la Marquesa.

—Eso no es verdad: algo te aflige.

—Pues bien: me aflige el pensar que ya llega el otoño, y que vosotros desearéis volver á Madrid.

—Por mi parte, no lo deseo de ningún modo, respondió Isabel: ¿y tú, Fernando?

—Yo tampoco.

—¿Qué nos falta aquí? prosiguió Isabel: tene-

mos una casa cómoda: un bonito oratorio, con nuestro capellan que nos dice la misa, y alguna sociedad del vecino pueblo de Carabanchel.

—Pero, hija mía, eso es demasiado poco; ¡á tú edad! ¡á la edad de tu marido! ¡ah! no esperaba el ofrecerte esta existencia modesta, ó más bien pobre, al darte su nombre.

—¿Para qué necesita diversiones la mujer casada? Estas no la deben satisfacer, y lo que debe apetecer más es la felicidad: ¿y puedo ser más dichosa que pasando la vida entre mi madre y mi esposo? yo, que he sido tan desgraciada, apenas puedo creer en la dicha que merodea.

Así diría mi pobre Camila: ¡ah! ¡cómo te pareces á ella!

La Marquesa, al decir estas palabras, besó tiernamente la frente de Isabel.

Aquí, prosiguió ésta, podemos ahorrar, y hacer prosperar la modesta fortuna que ha quedado á la casa: el afán de vivir en las grandes poblaciones es propio solo de las pobres mujeres de cabeza vacía, que hallan en las diversiones la felicidad: pero á Fernando y á mí, nos gusta leer, estudiar la música y la botánica, dibujar y dar largos paseos: tú, madre mía, bordas, meditas, lees, rezas y tienes



en tí propia bastantes recursos contra el tédio: aquí, la más dichosa soy yo; ¡ah! ¡cuando veo á Fernando trabajar en su profesion de abogado, con tal fervor y con tal perseverancia, me reconvengo porque nada sé hacer para mejorar nuestra posicion!

—¡Querida Isabel, madre mia! exclamó Fernando: contra las almas de nuestro temple, nada pueden los vaivenes de la fortuna, más que acrisolar nuestra paciencia y nuestra abnegacion! ¿para qué necesitamos nosotros las riquezas? ¡Délas la Providencia á aquellos para quienes son su único recurso; nosotros somos demasiado ricos con nuestra inteligencia, con nuestro corazon, con el santo amor de la familia que nos une!

—¡Gracias, hijos míos! dijo la Marquesa. ¡Dios sabe que si sufría por estar aquí, era solo por vosotros; pero ya que los negocios te vienen á buscar á nuestra grata soledad, ya que Isabel es en ella dichosa, no nos quejemos: ya estoy segura de que sois dichosos!

Isabel dejó sus pinzas y sus tijeras, y tomó un periódico que se hallaba sobre la mesa, deseando hallar algo que distrajese á la Marquesa.

—¡Qué veo! exclamó despues de algunos ins-

tantes: mamá, Fernando, oid una noticia: y leyó lo que sigue:

«El Sr. D. German Megía, jóven abogado y muy conocido en la alta sociedad madrileña, acaba de contraer matrimonio con la bella, simpática y opulenta señora Doña Matilde D... jóven viuda, notable en los altos círculos por su belleza y elegancia.

«Los recién casados han salido para París y Lóndres.»

—¡Será posible que se haya casado German con esa mujer! exclamó el Marqués: ¡ah! ¡cuánto más noble es el trabajo honroso que la opulencia comprada á tan vil precio!

Fernando se engañaba: tampoco había opulencia en aquél vergonzoso enlace.

German se halló unido á una mujer de cuarenta años, sin reputacion, y cuya belleza consistia en los afeites y postizos: inútil es decir que estos cayeron á la vista del esposo, único conocedor de la ruina vergonzosa de los atractivos de Matilde, quien, para colmo de desesperacion, parecia encantadora á los demás.

Matilde sufrió el trato más cruel de parte de German, al lado del cual expió todos los triunfos efímeros de su vanidad, y murió con-



sumida de pesares á los dos años de su union: ¡triste fin de su vida, tan llena de afanes, de zozobras y de alternativas!

Cuando ya se vió cerca de morir, quiso volver á su patria, para ser sepultada bajo el cielo de España.

Habló á su esposo de este deseo, pero German se rió de él, y la llamó loca.

—¿Quieres dar el espectáculo de la ruina de tus atractivos á los adoradores que allí dejaste? le preguntó con una crueldad que tenia mucho de brutal. Ahora estás fea... desagradable... pobre, porque ya sabes que desde que conocí lo indignamente que me engañaste, no te doy un cuarto de lo poco que poseo: ¿á qué quieres ir?

—¡Quiero ir á morir donde he nacido! repuso la desgraciada mujer, que parecia la sombra de sí misma: concédeme con tu permiso, el último favor.

—Véte sola en hora buena, si quieres, dijo German: yo por mí, no tengo gana ninguna de ir á Madrid.

En consecuencia de esta respuesta, Matilde partió sola al siguiente dia.

Su despedida de su marido, fué, por su par-

te, muy amarga: por parte de él, perfectamente serena.

Uno y otro sabian que no habian de volverse á ver.

Matilde llegó á Madrid, donde tanto habia brillado, donde habia provocado tantas envidias, sola, moribunda, y casi sin dinero; se hizo llevar á una casa de huéspedes muy modesta, y el dia de su llegada se atribuyó su postracion al cansancio de su viaje y á que estaba algo delicada.

Pero al dia siguiente, era tal su estado de debilidad y abatimiento, que no pudo moverse de la cama.

Una decadencia profunda, una inmovilidad mortal embargaban sus sentidos, y la patrona, asustada, la hizo conducir al hospital, temerosa de que se le muriese en su casa aquella mujer desconocida.

Cuando Matilde abrió los ojos, se halló sentada á la cabecera de su lecho, á la Caridad, bajo la forma que tiene más bella y elocuente.

Una hija de San Vicente de Paul, jóven y de hermoso é interesante rostro, la prodigaba sus cuidados.

—¡Pobre Matilde! murmuró la religiosa: ¿es



en tan triste estado como yo debía volverte á hallar?

—¡Aurora! exclamó la señora de Megía: ¿eres tu... bajo ese traje?

—¡Yo soy, y me creo mil veces más dichosa que tú!

—¡Ah, sí! gimió Matilde: Eres mil veces más dichosa que yo: has tenido errores, pero los has expiado: has perdido tu fortuna, pero aun hay otros seres más pobres y más desgraciados, á los que puedes consolar: tú sirves de algo en el mundo; yo no sirvo ya de nada, y pronto saldré de él, sin haber sido en la tierra más que una planta estéril, que no ha dado ni flores ni frutos!

Dos días despues, la desventurada Matilde murió en los brazos de la hermana de su esposo.

## XXI

El arreglo, la economía, la armonía perfecta, la paz y el trabajo incesante y lucrativo de Fernando devolvieron á su casa el esplendor que antes tenia, haciéndole adquirir una fortuna libre é independiente y que ningun pleito podia arrebatarle.

Así que su trabajo de abogado bastó para ello, compró una casa en Madrid, á la que se trasladó con su familia, y allí abrió de nuevo su bufete para el público.

Cuatro años despues, el Marqués, su esposa y la Marquesa viuda, madre de aquél, con más un hermoso niño, hijo de Fernando y de Isabel, paseaban en una elegante carretela.

Quando dejaron el carruaje, una anciana les pidió limosna: al dársela, Isabel exclamó:

—¡Doña Escolástica!

—Yo soy, señorita, dijo ésta con voz ronca y vinosa: mi marido murió, y yo vivo ahora mantenida por las buenas almas.

FIN



